

LETRAS



LETRILLAS



L&TRONES

98

LETRAS LIBRES
JUNIO 2011

CIUDAD

LA POLICÍA SIEMPRE EN VIGILIA

✎ BRUNO H. PICHÉ

Es fama que la ciudad de México no se distingue de otras grandes metrópolis.

A la manera de Nueva York, Londres y Tokio, la urbe más poblada del planeta también cuenta con un recinto que da cuenta de los orígenes y desarrollo histórico del cuerpo policiaco encargado de mantener el orden público de este monstruoso laberinto. Me refiero al Museo del Policía, ubicado en las calles de Revillagigedo y Victoria, en una especie de orilla del Centro Histórico en la que todavía sobrevive una zona de viejos y estrafalarios comercios donde aún se consiguen sin problema lo mismo repuestos de aspas para lavadoras que el diminuto resorte que hace funcionar el termostato del bóiler. La que fuera durante decenios la VI Inspección de Policía aloja ahora al insigne Museo del Policía. Se trata de un edificio porfiriano inaugurado en 1908 y diseñado por Federico Mariscal, encargado, entre otros, de la terminación del Palacio de Bellas Artes, del Departamento del Distrito Federal y de uno de los antros más temibles

y cavernosos de la ciudad: el Registro Público de la Propiedad. En otras palabras, uno más de esos arquitectos que deben su fama y fortuna a un esmerado y puntual conocimiento del lugar que ocupa el tráfico de influencias en la tenebrosa cultura política que, hasta la fecha, rige el tema de la proyección y contratación de obra pública en la ciudad de México.

Como muchos habitantes de la ciudad, yo desconocía la existencia del Museo del Policía, hasta que una mañana de domingo emprendí uno de esos recorridos en bicicleta gracias a los cuales uno, víctima de su propia inocencia, cree que ensanchará su acervo cultural al tiempo que logrará prolongar la existencia mediante el sano y continuo pedaleo entre los tesoros arquitectónicos y urbanísticos ocultos entre céntricas calles e insospechados pasajes, la mayoría de las veces de apariencia siniestra y amenazante. Algo tienen los domingos que desinhiben al miedoso de toda la semana y lo convierten, con un buen desayuno, en un aventurero súbito, en el más temerario de los ciclistas *todoterreno*.

Paseo dominical y museo de la policía: todo fue descender de la bicicleta, bendecirla mediante candelado de titanio y decir vamos a ver de qué va eso. Por primera vez en

meses, volví a creer en la dicha de los encuentros azarosos que, se supone, prometen las grandes urbes: la sola mención de la antigua VI Inspección de la policía es en sí misma historia de la buena. Fue precisamente a la VI Inspección donde se condujo a Ramón Mercader luego de aplicarle a Trotski su célebre pamba china con piolet; fue ahí mismo donde, especula Leonardo Padura en su novela *El hombre que amaba a los perros*, Mercader conoció el infierno durante “los intensos meses en que lo retuvieron en las celdas blindadas de la 6ta. delegación. Sometido a interrogatorios interminables, golpizas, bofetadas y puntapiés cotidianos”. Cuál sería mi sorpresa al ingresar al Museo del Policía en busca de la historia de la corporación y descubrir que el plato principal era una exposición de asesinos seriales. La única historia existente de la policía se halla confinada a un cuartucho lateral que supuse una antigua oficina o separo y que consiste en una docena de reproducciones fotográficas de pésima calidad montadas en unos apollados caballetes de madera a punto de desintegrarse. No hay fichas ni fechas que expliquen, refieran o contextualicen las imágenes en donde aparecen, por ejemplo, los que uno supone fueron los primeros cacos que presenciaron el paso de un siglo a otro, o una borrosa columna de oficiales en pleno trance de acometer algún tipo de acrobacia a bordo de las que, uno también supone, habrán sido las primeras motocicletas de la corporación. En ninguna parte se entera el visitante de hechos históricos que podrían ser considerados al menos tan importantes como las fotografías que muestran a un par de uniformados parados en una esquina, inexpresivos, como mirando hacia la nada, en realidad haciendo absolutamente nada.

No me refiero a pedanterías de especialistas o académicos, sino a datos básicos —sobre todo tratándose de un museo: cosas de todos los días, por ejemplo que la primera y más perdurable modificación a la forma

en que estaba organizada la corporación desde tiempos del Segundo Imperio ocurrió el 23 de mayo de 1878, de manera coincidente con la consolidación del poder porfiriano; así como la subsecuente creación del denominado Resguardo Municipal, cuerpo policiaco a cuyo cargo exclusivo quedaba la vigilancia de la ciudad, separándolo así de otros servicios como la compañía de gendarmes y los bomberos. Ni hablar siquiera de la historia paralela que cuentan, a la manera de incómodos fantasmas salidos de las tinieblas del pasado, los periódicos de la época. Llegados a este punto, traer de vuelta la manida frase acerca del extravío cósmico que se cierne sobre los pueblos que no pueden recordar su pasado y que por ello se condenan a repetirlo, resulta una broma casi macabra. Dos botones de muestra con los que me topé entre los polvosos anaqueles de la hemeroteca: al abordar la mentada reforma de 1878, *El Monitor Republicano* cuestionaba los supuestos avances hechos entre los miembros de la policía capitalina, a quienes –alegaba un editorialista– no se les veía nunca en su puesto, “antes se lograba ver a uno que otro o se alcanzaba a escuchar el ronquido de los que dormían, ahora ni eso”. Por su parte, además de cuestionar la nula eficacia de los uniformados a la hora de perseguir y atrapar a los amigos de lo ajeno, en su edición del 13 de agosto de 1879 el diario *Siglo XIX* denunciaba el imperio de la más absoluta impunidad criminal gracias a que los jurados, haciendo gala de su inquebrantable honestidad, alegremente regresaban a los delincuentes a la calle en cuestión de horas.

Sin más remedio que otorgarle otra vez la maldita razón a Santayana y darle recio a aquello de ignorar el pasado para repetirlo hasta el fin de los tiempos, me animo por fin a ver la exposición de asesinos seriales. El pago de sesenta pesitos y el franqueo de una cortinilla mugrosa son requisitos suficientes para ingresar a la exposición de marras. Una vez adentro del recinto museístico –es día de

asuetos: sobra decir que impera un potente hedor a humanidad– unos jóvenes muy amables, de melena y greñas rizadas, reciben al visitante y en el acto hacen entrega de una guía auditiva compuesta de un transmisor inalámbrico y unos audífonos que también funcionan como colectores de cerilla ajena. Me llama la atención que los susodichos jóvenes no sean cadetes de la Academia de Policía haciendo trabajo forzosamente voluntario, pero me abstengo de hacer preguntas mientras recibo mi audioguía –la cual por cierto no funciona o no logro hacer funcionar.

La exposición de asesinos seriales es, en esencia, un montón de predecible y polvoriento chatarra. Por ahí, medio perdido en la penumbra, un maniquí burdamente disfrazado del Vampiro de Brooklyn, Albert Fish, el supuesto creador del asesinato serial como unas de las bellas artes en Estados Unidos. En otra esquina se halla un destartado tapanco que simula la casa de Ed Gein –modelo parcial de “Buffalo Bill”, el demente al que la agente especial Starling se encarga de dar caza en *The silence of the lambs*– y del que cuelgan vaginas de caucho y retazos cosidos de dizque piel humana. En el lado opuesto de la sala, se arremolinan al menos treinta espectadores frente a la representación de la cocina del célebre descuartizador de Milwaukee, Jeffrey Dahmer. Como puedo, me abro paso entre el la multitud, pasmada frente a un refrigerador de la misma marca que tenía mi abuela en su casa, chorreante de sangre y vísceras. Hago un poco más de presión sobre la valla humana y descubro, colocado sobre un taburete, un plato desechable en el que está colocado un inverosímil y velludo pene. El silencio es inusual, casi inquietante; lo puedo percibir porque mi audioguía, creo que ya lo dije, no funciona. Nada de expresiones ni manifestaciones gozosamente populares del tipo: “ay, mana, ya vistes qué fea tiene su mirada el mono ese”, o “ira, Pepe, se parece a tu pito: igual de feo”, o “ay no manches, pinches



• Museo del Policía, en Revillagigedo y Victoria.

gringos sí están relocos”, etcétera. Me doy cuenta entonces del prodigio ante el que me hallo: por primera vez en mi vida estoy compartiendo el mismo espacio con otros doscientos mexicanos que guardan un absoluto y sepulcral silencio. Ni siquiera en la Basílica. No busco otra explicación que el escabroso relato que se escucha a través de las audioguías y el impacto visual que le provoca a la silenciosa muchedumbre tanta genitalia expuesta.

Como un simple visitante del Museo del Policía y desconocedor absoluto del popularísimo tema de los asesinos seriales, me sorprende que, después del más gráfico –aunque chafa, eso es innegable– despliegue de las capacidades depredadoras y sádicas del ser humano, la historia de nuestros propios carniceros se limite a una serie de figuras y fechas plasmadas sobre un tablón a punto de desmoronarse. Los *usual suspects*: el Goyo Cárdenas, las Poquiachis, la Mataviejitas y un tal Francisco Guerrero alias el Chalequero. Pienso en las ausencias obvias: desde los asesinos de mujeres en Ciudad Juárez, los sicarios de la Línea, los Zetas y la Familia hasta el humilde y descerebrado Pozolero; es decir, el pasado inmediato, nuestra historia criminal en curso, la misma que comprende al menos los últimos quince años y en la que, dice en algún lado Carlos Monsiváis, “desparece la singularidad de los asesinatos y de los asesinos, y la masificación del delito es, también, la deshumanización masiva”.

Pero vayamos más lejos –o más cerca si se quiere– en el asunto. En el país donde ochenteras figuras de pacotilla como Caro Quintero y Don Neto lograron convertirse en exitosos criminales gracias a su colusión con las autoridades, la idea misma de un Museo del Policía implicaría poner en evidencia, exhibir, vaya, a las propias organizaciones encargadas de la seguridad pública. ¿Dónde quedarían por ejemplo los miembros del batallón Olimpia, o los integrantes de la Brigada Jaguar, perpetradores de los salvajes crímenes del Río Tula bajo el mando de Francisco Sahagún Baca y Arturo Durazo Moreno? ¿Acaso no califican de *serial killers* dignos de ser incluidos en nuestra historia patria de asesinos seriales? ¿Qué lugar van a ocupar, una vez que concluya el sexenio, los responsables de la guerra contra el narco?

Casi al llegar a la salida de la exposición, hay una mampara que muestra la conocida fotografía de Charles Manson que algunos *emos* y *darke-tos* portan en sus playeras como un estrafalario icono, así como una tosca representación del Carnicero de Rostov encerrado tras las rejas que, por un momento, me recuerda a los maniqués vestidos de toreros expuestos en las tétricas vitrinas de La Faena, una conocida cantina del Centro Histórico a la cual me dirigiré como alma en espanto que lleva el viento en cuanto logre salir de aquí. –

ENERGÍA NUCLEAR

JAPÓN PUDO HABER EVITADO ESTE HORROR

✎ FUKIKO AOKI HAMILL

La evidencia contra las centrales nucleares en un país sísmico estaba ahí. Fue ignorada.

¿Por qué el único país que sufrió la muerte masiva y la radiación de las bombas atómicas tiene que pasar por el peor horror nuclear en tiempos de paz?

En Japón, mi tierra natal, hemos pasado de Hiroshima a Fukushi-

ma. Hemos visto las nubes en forma de hongo y los páramos de 1945 en película blanco y negro. Y ahora hemos visto, una y otra vez a todo color, los cuatro reactores fracturados de Fukushima, una amenaza persistente para la vida humana.

Más de siete semanas después del 11 de marzo, las cifras de muertos alcanzan los 14,616, con 11,111 personas que permanecen desaparecidas. Las réplicas aún se dejan sentir. Y ahora incluso el aire es una amenaza conforme la radiación continúa fugándose de las centrales nucleares dañadas.

El impacto que tuvo en mí el 11 de marzo lo compartieron los 78,200 residentes que vivían veinte kilómetros alrededor de la Central de Energía Nuclear Daiichi de Fukushima. También lo compartieron 130 millones de japoneses en todo el país y cientos de millones de personas en todo el planeta.

En nuestras pantallas de televisión hemos visto también a sobrevivientes: niños perplejos, esposas sollozantes, viejas que devoran magras raciones y duermen en el suelo de gimnasios –mujeres que tenían diez años en 1945. Hemos visto a granjeros del área de Fukushima a quienes les ha sido prohibido vender sus lechugas y espinacas, por miedo a la radiación.

Los pescadores no pueden salir a pescar, ya que se han encontrado altos niveles de yodo radioactivo en peces atrapados en Ibaragi, a mitad de camino entre el reactor y Tokio. Ellos han tenido ese trabajo durante generaciones. Ahora, podrían no tenerlo nunca más.

¿Por qué?

La respuesta es simple: porque los ingenieros y ejecutivos de la Tokyo Electric Power Co. (TEPCO) –que opera el complejo de Fukushima–, junto con los burócratas y los funcionarios del gobierno japonés, ignoraron la historia.

Japón es un país sísmico.

Desde tiempos antiguos, hemos padecido grandes terremotos y fuertes tsunamis. Hoy, a lo largo de los cientos de miles de kilómetros de



✦ “De Hiroshima a Fukushima.”

costas japonesas, aún existen señales de piedra llamadas “piedras de tsunami”. Algunas datan de hace seis siglos, antes de que Colón divisara siquiera América.

La historia nos dice que la amenaza de terremotos y olas devastadoras no se acabó en la era moderna.

En 1896, el terremoto de Meiji Sanriku, de 7.6 grados de magnitud, golpeó la costa noreste de Japón y desató un tsunami muy grande (algunos registros ubican el punto más alto a unos asombrosos 38 metros). El epicentro de aquel temblor fue casi el mismo que el del actual. Las víctimas sumaron cerca de 27,000 personas.

Pero incluso después del desastre, la mayor parte de los sobrevivientes reconstruyó sus casas en la misma costa. Algunos inclusive se mudaron más cerca del mar, donde tantos de ellos se ganaban la vida.

En 1923, el terremoto de Kanto azotó Tokio y el área de Kanto. Fue de magnitud 7.9. Feroces vientos esparcieron un terrible incendio a través de la ciudad, destruyendo miles de casas. Cuando todo terminó, habían muerto al menos 100,000 personas.

Ese año, la costa noreste de Japón permaneció relativamente indemne. Al parecer, los residentes creyeron que los terremotos eran cosa del pasado, pero diez años después llegó

otro temblor. El segundo terremoto de Sanriku ocurrió en 1933. La costa noreste resultó muy afectada.

Una vez más, murieron muchos. Y una vez más, miles de casas de la costa quedaron destruidas.

Sin embargo, había algo bueno en esos años: no existían centrales de energía nuclear en Japón. Ni en ningún otro lugar del planeta. Esas extraordinarias tecnologías llegarían solo después de que Estados Unidos lanzara las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki.

Conforme se intensificó la Guerra Fría, los estadounidenses desarrollaron (y más adelante probaron) armas atómicas más poderosas. Tal programa fue motivado por los acontecimientos: la noticia de que en 1949 los soviéticos habían probado sus propias armas nucleares, terminando así con el monopolio estadounidense; el triunfo del Ejército Rojo de Mao en China ese mismo año; el estallido de la Guerra de Corea en 1950.

El 28 de abril de 1952 se puso fin a la ocupación formal de Japón, pero cerca de 200,000 efectivos estadounidenses permanecieron en el país. El 1º de noviembre, Estados Unidos probó una bomba de hidrógeno en el atolón Enewetak de las Islas Marshall, unos 5,000 kilómetros al oeste de Hawái.

Al año siguiente, el presidente de Estados Unidos, Dwight Eisenhower, acordó el cese al fuego en Corea. El 8 de diciembre de 1953, Eisenhower anunció el programa de “Átomos por la Paz”, que impulsó la idea de que Estados Unidos utilizara la energía nuclear como fuente de combustible y compartiera dicha tecnología con los países occidentales. Es decir, una forma de que toda la gente pudiera usar esta nueva tecnología para la vida, en lugar de para la muerte.

Estados Unidos probó la siguiente gran bomba de hidrógeno en el atolón Bikini de las Islas Marshall el 1º de marzo de 1954. La bomba resultó tan poderosa que un barco atunero japonés, el *Dragón de la Suerte*, quedó atrapado en la lluvia radioactiva, a unos 160 kilómetros del lugar

de la prueba. Los miembros de la tripulación sufrieron enfermedad por radiación. Uno de ellos murió.

La resistencia al programa “Átomos por la Paz” creció entre los japoneses. Pero el Servicio de Información de Estados Unidos en Tokio, que había trabajado duro para cambiar la aversión japonesa hacia la energía nuclear, comenzó a encontrar seguidores.

John Jay Hopkins, presidente de General Dynamics (que construyó el primer submarino atómico) llegó a Japón e hizo fuertes declaraciones sobre la adopción de este tipo de energía. Sobre su seguridad. Sobre la necesidad absoluta para Japón, que no tenía carbón ni petróleo. Un Japón independiente requería energía. La energía nuclear no era el problema, sino la solución.

Nadie mencionó públicamente el otro beneficio que obtenían los empresarios de la energía nuclear: el valor simbólico de una aprobación por parte del país de Hiroshima y Nagasaki.

El esfuerzo funcionó.

En 1966, veintiún años después de que fueran lanzadas las primeras bombas sobre Japón, se abrió la primera central japonesa de energía nuclear en Tokaimura, a 120 kilómetros de Tokio. Cinco años más tarde, el reactor Daiichi No. 1 comenzó a operar en Fukushima. En un plazo de ocho años, se construyeron cinco nuevos reactores en el mismo sitio y pronto comenzaron a funcionar.

Ahora se sabe muy bien que los reactores de Fukushima estaban produciendo electricidad solo para Tokio, a 200 kilómetros de distancia, y no para la región donde operaban. Pero en la década de 1950, cuando los vendedores de TEPCO llegaron a Fukushima en busca de un sitio para su proyecto nuclear, la gente les dio la bienvenida. Aquellos habitantes —en su mayoría granjeros y pescadores— no compartían el rápido crecimiento de la economía japonesa. Sabían del peligro de los terremotos y los tsunamis, pero TEPCO les garantizó que sus centrales eran seguras.

Fue un mito que casi todo el mundo creyó hasta el 11 de marzo de 2011. Tras el desastre, y a lo largo de semanas, el secretario en jefe del gabinete de gobierno insistió, con un lenguaje vago, en que el tsunami estaba más allá de lo que cualquiera pudiera imaginar. Pero estaba equivocado. La evidencia estaba ahí y fue ignorada.

Desde el 11 de marzo se han registrado 400 réplicas de magnitud 5.0 o mayores en el noreste de Japón. Los expertos dicen que podrían ser peores y que podrían continuar durante diez o veinte años.

Aún hay cincuenta centrales nucleares operando en este país sísmico. Podríamos tener otro gran temblor más allá de lo que cualquiera pudiera imaginar.

Claramente, el gobierno —y el mundo— deben tomar acciones ya. Las centrales nucleares en un país sísmico son un absurdo. El gobierno debería comenzar por cerrar las centrales más viejas de inmediato. Al mismo tiempo, mientras cierra sistemáticamente todas las centrales, debería comenzar una transición rápida de la energía nuclear a la solar y la eólica.

Ni una sola persona más en mi lastimado Japón debería morir por una ilusión. Ni un solo ciudadano más de este planeta.

No ignoremos la historia, de la que el 11 de marzo es ahora una pieza también. —

TRADUCCIÓN DE MARIANELA SANTOVEÑA

ACADEMIA

ENDOGRAMIA

ENRIQUE KRAUZE

Hay que dar crédito a los editores de la revista *Nexos* por haber publicado la profusa reseña de Roberto Breña sobre mi libro *De héroes y mitos*, no en la sección de libros (donde podría corresponder) sino en la sección “Academia” (núm. 401, mayo de 2011). En efecto, es un texto académico, escrito por un académico para un lector académico. Pero uno se pregunta, ¿por qué no envió su reseña a un órgano académico, digamos *Historia Mexicana*?

La respuesta es obvia: porque Breña sabe, o al menos sospecha, que acá, fuera de la academia, existe un público compuesto no por colegas, discípulos o maestros sino por simples lectores.

Breña aduce que mi “Crítica de la Historia de Bronce” es “extemporánea” porque, igual que la biografía pura y lineal (es decir, desprovista de contextos), ha sido “superada” hace tiempo por la “academia occidental”. Yo, por supuesto, no ignoro ese avance pero acá, fuera de la academia, la Historia de Bronce y sus variantes maniqueas, manipuladoras y simplistas siguen vigentes. Si el profesor Breña se hubiese distraído un instante de sus labores curriculares se habría enterado del festín de Historia de Bronce que el gobierno federal propició el año pasado a través de toda suerte de videoclips, anuncios y proyectos en los medios masivos. No solo el gobierno, también muchos literatos de aeropuerto practican de una u otra forma ese género. Esas obras refuerzan la Historia de Bronce (hagiográfica o demonológica) que está muy arraigada en la mentalidad mítica de México. Por eso acá, fuera de la academia, conviene criticarlas.

Igualmente “anacrónica” le parece a Breña mi propuesta de vindicar e historiar a las vastas mayorías silenciosas que padecieron la Revolución —y a quienes Luis González bautizó como “los revolucionados”. Hace tiempo —escribe Breña— que “la academia occidental ha prestado enorme atención a los grupos sociales ‘desfavorecidos’”. No cabe duda, pero acá, fuera de la academia, los lectores en el 2010 no se enteraron de esa “enorme atención”, entre otras cosas porque la academia no hizo mayor esfuerzo por publicar obras que confrontaran la historia mitológica y trataran específicamente sobre el dolor, el sufrimiento, el hambre, la guerra, la muerte en la Revolución mexicana.

Precisamente en relación a esos temas, mi libro propone un ejercicio de imaginación histórica con pre-

guntas como ¿qué habría pasado en 1910 si se hubiera elegido el camino de la reforma y no el de la guerra? Más adelante, en un ensayo sobre el origen clerical de la intolerancia ideológica, me pregunto también por qué la Iglesia hundió al liberalismo moderado que le era parcialmente proclive. A Breña esas preguntas le parecen “ahistóricas”. El no cree en los errores ni en misterios históricos. Tampoco cree que la historia, tal como realmente ocurrió, puede desmentir retrospectivamente las visiones o las opciones que tomaron sus actores. La reflexión sobre los futuros posibles de la historia no le parece fructífera. Pero le tengo noticias: Hugh Trevor-Roper (extraordinario historiador —le informo— de la “academia occidental”, muy leído y apreciado también acá, fuera de la academia) escribió (“Historia e imaginación”, *Vuelta* 114, mayo de 1986):

La historia no es únicamente lo que ocurrió: es lo que ocurrió en el contexto de lo que pudo haber ocurrido. Hay que tener en cuenta, entonces, como un elemento indispensable, las alternativas, los “podría haber sido”. Puede que ahora estén en el basurero; ahí mismo han ido a parar, sin embargo, quienes los desecharon. Por lo demás, ¿quién puede decir con seguridad cuáles quedaron fuera del juego? Después de lavarse las manos, Pilatos creyó seguramente que cierto episodio había sido “cerrado por el *fait accompli*”; pasarían tres siglos antes de que los romanos cultos reconocieran que había sido él, y no Jesús, quien había perdido la partida.

Lo que verdaderamente irritó a Breña fue mi crítica a los textos que algunos de sus colegas publicaron en el libro —ese sí anacrónico y extemporáneo— que la UNAM publicó en 2007 para festejar el Bicentenario. Acusándome de malinchismo me reclama haber encomiado a varios de los historiadores extranjeros que

colaboraron en esos volúmenes y omitió mi elogio a muchos otros colegas mexicanos. Mi crítica a la exacerbación de la teoría en la historia (eso que David Brading llama “escolasticismo”), así como a ciertas manías endogámicas (como las citas autorreferenciales, el *nosotros* mayestático, el críptico nominalismo y sobre todo el estilo rebuscado), se sostiene.

Según Breña, *De héroes y mitos* es un compendio de “textos de divulgación”. No me sorprende. En la mentalidad académica no hay más que dos tipos de textos: los que producen conocimiento y los que dan difusión a lo ya conocido. Pero ocurre que acá, fuera de la academia, hace ya algunos siglos se inventó un género llamado ensayo que propone ideas para explorar la realidad, para criticarla, para verla con otros ojos. Ese género es inimaginable, impensable al menos en un sector duro de la academia, porque no implica servidumbre burocrática sino libertad intelectual.

Al final de su reseña Breña se envuelve en la bandera académica nacional y al grito de ¡Goya! defiende a las generaciones de historiadores jóvenes que produce la academia, y que yo, supuestamente, ignoro u ofendo en mi “implacable crítica a la academia histórica mexicana”. Sus desplantes, supongo, le cosecharán aplausos en las aulas y puntos en el SNI, pero Breña falta a la verdad. Yo no critiqué a toda la academia sino a cuatro historiadores en un conjunto mucho mayor. Y *De héroes y mitos* es un libro de ensayos dirigido al lector general, escrito por un historiador formado en la academia —y miembro de la Academia Mexicana de la Historia— que en sus libros de historia, biografías, ensayos y documentales ha tratado de abrir un camino para que los profesores que viven del Estado mexicano (no de los lectores) encaren la crítica, intenten la auto-crítica, redacten con claridad, dejen de escribir solo para sus colegas o para sí mismos. Un camino para que aprendan a ser menos “académicos” y más “occidentales”. —

SOCIEDAD CIVIL

MARCHA NACIONAL POR LA PAZ CON JUSTICIA Y DIGNIDAD

✎ EDUARDO VÁZQUEZ MARTÍN
(5/v/2011) Una conversación en movimiento

Primero nos juntamos algunas decenas en el monumento a la paz de Cuernavaca, que muy pronto se hicieron varios centenares hasta formar una columna más o menos estable pero desordenada de unos mil caminantes. Un cierto caos acompaña el incipiente andar pero el contingente halla su paso: lo suficientemente firme para subir la cuesta y tan mesurado como para propiciar el encuentro, la convivencia y el diálogo. Poco a poco también se disipa el aire fresco de la mañana y el sol de Morelos, afortunadamente filtrado por las nubes, cubre sin herir el paso de la multitud.

Pronto salta a la vista que esta no es propiamente una manifestación silenciosa en sentido estricto sino una gran conversación trashumante a media voz. En esta protesta impera el intercambio de opiniones y no las consignas, la multiplicación de las experiencias y las ideas y no el desgarramiento del grito. El ánimo es fraternal, alegre por momentos, pero no festivo; no puede ser de otra forma, conforme uno intercambia la palabra aparecen las narraciones del terror: los hijos asesinados, los parientes secuestrados, los infantes calcinados, los hermanos muertos, los desaparecidos, los mineros sepultados en el socavón y la constante: la incapacidad de la autoridad para hacer justicia y el reinado del miedo a lo largo y ancho del país.

Saludo a Javier Sicilia. Lo primero que comenta son las declaraciones y los manotazos con que Felipe Calderón saludó la marcha el día anterior: "... hay quienes, de buena o mala fe, dice el presidente, quisieran ver a nuestras tropas retroceder, a las



Fotos: Eduardo Vázquez Martín

+De Cuernavaca al Distrito Federal contra la impunidad.

instituciones bajar la guardia y darle simple y llanamente el paso a gavillas de criminales. ¡Cuánta insensibilidad!", comenta Javier, "Calderón es un hombre desesperado que aunque oye no entiende".

El poeta carga una bandera mexicana que pronto comparte con Julián Le Barón, que la porta con una dignidad absolutamente solemne. No son muchas las insignias y banderas pero sí las mantas con las fotos de personas asesinadas o desaparecidas. En el primer día de marcha solo es visible en lo alto la bandera nacional que encabeza una muchedumbre no tanto caótica, peripatética y desamparada.

Por ahí el obispo Raúl Vera, vestido de pants, comparte el agua con otro caminante; recostado en la cuneta Eduardo Gallo espera a la manifestación sobre la autopista; Luis Ríos carga el estandarte de "No + Sangre". Casi todo mundo da una entrevista; la proliferación de redes sociales, blogs, radios alternativas o TV por internet ha propiciado que a los medios tradicionales se sumen decenas, quizá cientos, de cámaras y micrófonos informales, lo que transforma la caminata en una feria de declaraciones donde víctimas, defensores de derechos humanos, organizadores, los participantes todos, encuentran el momento de expresar lo que piensan.

Están también los que se ocupan de dar de beber a los marchistas, gente que como Rafael Segovia alcanzó la marcha acompañado de

su hija María con agua, naranjas y galletas. Hay otros que acompañan a sus familiares. Algunos vienen de movimientos sociales como el zapatismo o son indígenas organizados en las Abejas y cargan la memoria de la masacre de Acteal; los más llegan solos, desde distintos rumbos del país, sin conocer a nadie, pero encuentran pronto con quién compartir el camino. Todos cargan su dosis de dolor e indignación.

La marcha toma algunos descansos, a la altura Tepoztlán recibe de sus habitantes agua de chía y limón; en la famosa "pera" el contingente se sube a los camiones que lo siguen para superar la cuesta y el peligro. Por fin llegamos a Coajomulco ("Donde se labra la madera"); ahí los habitantes recibieron a Sicilia con copal, un gran qurote de maguey como ofrenda y flores de agave para las víctimas. En esta comunidad indígena, que echada hacia la autopista ofrece quesadillas y sopa de hongos, se rindió homenaje a Javier Torres Cruz, campesino ecologista de estas tierras, defensor de sus bosques, asesinado por talamontes.

Ya en la plaza del pueblo, que salió a recibir con café y alimentos a los cansados caminantes, Javier Sicilia citó al escritor británico G. K. Chesterton, que se refirió a la fe en Cristo como una forma de caminar hacia algún lugar tomado de la mano de alguien. Esta pequeña república nómada discute el hacia dónde, polemiza sobre el sentido



+Honrar a las víctimas.

de un pacto y traza algunos bocetos de organización y de futuras acciones, pero se aprecia que desconoce el destino último de su viaje, que al andar hace camino y está orgullosa de proponer una ruta distinta a la que la guerra nos ha impuesto.

(6/v/2011) En Topilejo el silencio se hizo celebración y llanto

La mañana de Coajomulco quedó marcada, tras el café y los alimentos, por un minuto de silencio y “meditación” que solo interrumpieron los pájaros. Tras esa pausa, que en algunos deudos anegó los ojos, volvimos al camino. Un miembro de la comisión de orden, es decir un caminante más pero con megáfono, nos convocó a marchar en riguroso silencio: “ya tuvieron ayer oportunidad de conversar bastante”. Desde luego nadie le hizo el menor caso, y la caminata volvió a su peregrinar y a su conversación. Apenas arrancamos y Silvia, estudiante de letras clásicas de la UNAM, me preguntó sobre el papel de la poesía en esta lucha: no recuerdo bien qué dije, pero sí que minutos más tarde la encontré al final de la columna leyendo a Jim Morrison con su voz joven y segura: “... sabes que nuestra madre murió en el mar, / sabes que hay militares de alto rango que nos conducen al matadero y que militares lentos son obscenos con la sangre joven, / sabes que la televisión nos controla. / La luna es una bestia de sangre deshidratada...”.

He viajado miles de veces por esta carretera México-Cuernavaca, pero como es natural nunca la

había visto tan de cerca: es fresca, sus pinos reparten sombra y mitigan el calor, sus oyameles y sus pastizales de muhlenbergia despiden olores a resinas y humedades. Imposible no pensarlo: volveré a viajar por este camino, pero a partir de ahora lo voy a mirar de otra manera.

En la hora del sol más vertical llegamos a Tres Marías, donde comparto la mesa con Teresa Carmona, madre de un muchacho asesinado, y con Patricia Duarte y José Francisco García Quintana, padres de Andrés Alonso, uno de los bebés que murieron en la guardería ABC. Patricia nos narró su encuentro con Calderón, Horcasitas y Bours, el día que estos hablaban de la tragedia que marcó su vida como si de un accidente de tránsito se tratara y el problema se redujera a un asunto de seguros y deducibles. Ese día doña Patricia invitó a Calderón a que le dijera qué era para él la justicia, pero ni el presidente ni sus acompañantes pudieron articular una respuesta ni mantenerle la mirada a la sonoreense.

Después de la parada en Tres Marías, que como siempre debió incluir quesadillas y refrescos, volvimos al camino, ahora rumbo a Topilejo. Al cruzar la frontera del estado de Morelos con la ciudad de México una columna de policías de tránsito capitalinos nos aguardaban formados en una gran fila que parecía más un comité de recepción que un operativo de vigilancia.

Los habitantes de Topilejo rompieron nuestro silencio murmurante a golpe de banda. Mujeres y niños con globos blancos nos alcanzaron lanzándonos papel picado mientras los alientos y los tambores avanzaban hacia los caminantes. Al llegar a la plaza del pueblo el júbilo se fundió con la tragedia: “a mi hijo lo levantó la policía de Nuevo León y me lo desaparecieron”; “a mi hija me la mataron en un local de Juárez custodiado por federales”; “a mi hijo me lo levantó el ejército”; “a mí me mataron seis familiares pero no me voy a rendir”. Una muchacha le regala a Javier un cuaderno y le pide por favor que no

deje de escribir poesía. Toma la palabra Javier Sicilia y dice estar consciente de encontrarse en territorio perredista, y llama a todos los partidos a asumir sus responsabilidades en esta crisis que devasta las instituciones y dejar de una vez por todas de actuar únicamente en favor de sus propios intereses. Pero fue más allá cuando se preguntó “qué podemos esperar de los políticos cuando se comportan como delincuentes y son capaces de encubrir a un narcotraficante e introducirlo a la Cámara de Diputados, a la casa de todos, a la representación ciudadana, en la cajuela de una camioneta con la única finalidad de otorgarle la inmunidad del fuero”. La señora que conduce el mitin lee una carta donde le preguntaba a Javier cómo llorar con él la muerte de su hijo, cómo llorar con todas las víctimas la muerte de sus seres queridos, y cómo hacer de ese llanto una fuerza de vida y dignidad. Entonces aparecieron en los ojos las lágrimas, y unos a otros, deudos, caminantes y pobladores se dieron abrazos y consuelo.

Antes que la generosidad de los habitantes de Topilejo se tradujera en jarras de café, frijoles, arroz, chicharrón en salsa verde y tortillas, Sicilia, con el bastón de mando que la comunidad le otorgó (*Topilejo* significa en nahua “el que lleva el bastón de mando”), pide a los presentes un minuto de silencio, y yo recordé aquellos versos que Gonzalo Rojas le dedica al mismo: “y aunque el hombre callara y este mundo se hundiera / oh majestad, tú nunca, / tú nunca cesarías de estar en todas partes, / porque te sobra el tiempo y el ser, única voz, / porque estás y no estás, y casi eres mi Dios, / y casi eres mi padre cuando estoy más oscuro”.

(7/v/2011) Entre la oración y el grito

La noche de Topilejo fue de tormento y fandango, los más jóvenes no dejaron ni la jarana ni el zapateado hasta más allá de medianoche. A la mañana siguiente, tras el generoso desayuno ofrecido por la comunidad, la marcha dejó Topilejo con las

bendiciones del padre de la iglesia. A partir de ahí el camino fue más caótico; conforme nos acercamos a la ciudad la convivencia de vehículos y caminantes fue cada vez más tortuosa, pero aun así la marcha recibió un promedio de dos mentadas de madre de automovilistas desesperados por cada doscientas muestras de ánimo.

Entre las muestras de adhesión, la más conmovedora fue la que se suscitó al llegar a la comunidad de San Pedro Mártir: de aquellas construcciones precarias que crecen a los costados de la autopista y que uno apenas quiere mirar cuando sale de la ciudad con el deseo de dejar atrás la urbanización y alcanzar el campo, de aquellos techos de varillas con cascos de refresco y perros vociferantes, salieron cientos de personas a saludar la marcha con banderas blancas. Al pie de un puente peatonal atestado de simpatizantes y junto al constante fluir de automóviles y camiones se organizó un pequeño mitin en el que las autoridades tradicionales del pueblo le expresaron diversas muestras de apoyo al poeta Sicilia. Ahí el párroco citó algunas de las palabras del desaparecido obispo de Cuernavaca don Sergio Méndez Arceo, donde invitaba a sus feligreses a poner el evangelio al servicio de los pobres. Una mujer, tras darles la bienvenida también a mormones y cristianos que caminan en la marcha, le ofreció a Sicilia un cirio, “para que lles la luz del amor, la paz y la justicia donde quiera que vayas”.

La entrada a la ciudad, ya a la altura del viaducto Tlalpan, se caracterizó también por las muestras de simpatía: trabajadores de una gasolinera reparten el agua de un garrafón a los sedientos; los meseros del Enrique y las inconfundibles meseras de Sanborns aplauden la caravana; las señoras de las colonias residenciales obsequian naranjas, y poco a poco la columna crece: el millar que ingresó a la capital pronto se multiplicó por cuatro.

Al llegar a territorio puma, ahí donde comienza el Centro Cultural Universitario, se dio el primer encuentro con estudiantes. La algabía de afecto y solidaridad que

nos precedía cambió por un silencio absoluto, luctuoso y tenso, y un río de puños alzados y uves de la victoria se alzaron sobre las cabezas de la marcha. Más adelante algunos muchachos corearon consignas militantes: lo habían avisado ya unas semanas atrás en una asamblea estudiantil en el auditorio Ho Chi Minh de la Facultad de Economía, donde los asambleístas se dividieron entre los defensores de la consigna y aquellos que se manifestaban en favor de respetar el silencio que proponían las víctimas. Fueron pocos los que siguieron el coro combatiente, pero su presencia subrayó la naturaleza de un movimiento que abarca al bajo clero, a los habitantes de Atenco y al EZLN, al movimiento social de Ciudad Juárez y a los inmigrantes centroamericanos que son sacrificados por agentes del Instituto Nacional de Migración y las crueles milicias de los Zetas. Pero si este movimiento tiene un rostro dominante, creo ver, es el de una multitud sin banderas ni partido, nacida de una gran diversidad, originaria de comunidades con rituales tan diferentes que, como lo demostró el festival cultural con el que la marcha fue recibida en las “islas” de CU, van del *Réquiem* de Mozart al rock pesado, de la oración al grito.

Fue ahí, en la universidad, donde una experimentada feminista me hizo notar la ambigüedad significativa del “estamos hasta la madre”, donde nombramos a la progenitora como sinónimo de hartazgo, indignación y tragedia; un capítulo más de la historia de “la chingada” y la semiótica de la melancolía. Entonces recordé una imagen que nos acompañó toda la caminata —que evidentemente reconoce el problema que implica esa expresión y que reivindica el concepto de madre—: la Virgen de Guadalupe, junto al siguiente mensaje: “¡Hasta la madre dice ya basta!”

(8/v/2011) La voz de las víctimas

Una activista universitaria le comenta a una compañera que no entiende si esta es una marcha o una peregrinación. La verdad, pienso yo, es que

es ambas cosas: un caminar sobreco-gido por el duelo y un doblar de campanas en los pueblos, pero es también la manifestación que anuncia el nacimiento de un movimiento civil nuevo —que movilizó en favor de la paz y contra la violencia de los criminales no comparte en lo absoluto la estrategia del gobierno federal en la llamada guerra contra el narcotráfico o contra la inseguridad, y que señala la responsabilidad de los poderes ejecutivo, judicial y legislativo, de gobernadores y alcaldes, de las fuerzas de seguridad del Estado, el Ejército y la armada incluidos, así como de otros importantes sectores de la sociedad (la banca, por ejemplo) que por omisión, incapacidad o complicidad han favorecido el clima de violencia, que en muchas ocasiones se han beneficiado de las enormes ganancias que arrojan las actividades ilegales, y que por lo tanto son corresponsables, junto con los criminales, de las casi cuarenta mil muertes acaecidas en los años que lleva la administración del presidente Calderón.

Desde Cuernavaca hasta la ciudad de México la marcha fue encabezada por las víctimas y familiares de la violencia, la indolencia institucional y la injusticia. Es cierto que cada caso implica diferentes actores y responsabilidades, que no es lo mismo un levantado por sicarios que una muchacha violada; un ajuste de cuentas entre delincuentes que un niño calcinado en una guardería; una víctima de los talamontes que un rafagueado en un retén militar; un periodista asesinado y una activista desaparecida que unos centroamericanos secuestrados; las fosas comunes de Tamaulipas y Durango que los empresarios ejecutados tras pagar rescates millonarios; los padres de los muchachos muertos en Salvarcas, Cuernavaca y Monterrey que los indígenas macheteados por paramilitares en el sureste. Cada caso es muy distinto: pero todos tienen un denominador común: la impunidad. En cada una de las narraciones de las víctimas hay un capítulo que

se repite literalmente: un ministerio público tan incapaz como corrupto, un juez sin ética ni vocación, un servicio forense cruel hasta el sadismo, instituciones podridas, licenciados dedicados a la extorsión y al chantaje, funcionarios públicos adictos al billete y a las tortas en el escritorio, al parecer tan insensibles al dolor y a la tragedia como aquellos encargados de la mutilar y asesinar a sus víctimas.

Fueron esas voces, las de las víctimas, las que habrían de ocupar el templete instalado en el Zócalo y tomaron el micrófono que les cedió un grupo de poetas que desde temprano leían versos de autores universales. Así la poesía cedió la palabra al agravio y a la indignación, y las más diversas muestras de dignidad y coraje cedieron también espacio a las lágrimas. Yo no recuerdo un movimiento social donde las muestras de dolor y llanto hayan constituido una expresión tan característica de la denuncia y el reclamo. En el Zócalo, casi ochenta personas dieron su testimonio del horror que puede significar para algunos ser hoy ciudadano mexicano. Antes y después del discurso de Javier Sicilia, de la lectura del Pacto por la Paz y de escuchar a David Huerta dar lectura a su poema (“Contra los muros, el recuerdo del fuego maldito / en la carne doliente de los niños / y la silueta de una muchacha sobre la multitud. México sigue soñando / pesadillas, contra los muros, exhausto, sin aliento.”), las palabras de los deudos señalaron la herida común que conmueve a millones de mexicanos. Con cientos de globos lanzados al cielo con la leyenda “40 mil almas”, con el doblar de las campanas de catedral y con los cinco minutos de silencio que pidió Sicilia, los asistentes a la plaza del zócalo celebraron el domingo 8 de mayo no solo una jornada de denuncia y protesta, sino una gran ceremonia luctuosa mediante la cual se ha comenzado a procesar el duelo de muchas familias y se ha reivindicado también la memoria de algunos de los caídos de los últimos años.

Gracias a esta caminata de más de setenta kilómetros, la voz de las

víctimas irrumpe en la vida pública de México y su presencia revela por lo pronto algunas cosas: que la idea que el gobierno se hace de esta guerra no coincide con la experiencia de una parte fundamental de los ciudadanos que la padecen; que la miopía y mezquindad de la clase política en su conjunto se ajusta al concepto de negligencia criminal; que la imagen que transmiten los medios masivos de comunicación de lo que sucede en el país tampoco corresponde a la realidad, pues borra la identidad de las víctimas, cuando no las criminaliza; y que para muchos mexicanos, de las más diversas condiciones sociales, la Constitución, las leyes y los derechos humanos son letra muerta.

¿Cómo se articulará esta inconformidad? ¿De qué manera se resolverán las oportunidades de diálogo e interlocución que este movimiento ha propiciado? ¿Qué impacto tendrá el llamado ético de un poeta y cientos de deudos en el gobierno, las fuerzas políticas y la sociedad en su conjunto? Todas estas son preguntas de difícil respuesta que el tiempo irá contestando. Por lo pronto esta caminata ha abierto un gran espacio para la reflexión, el diálogo y la organización de la sociedad, condiciones imprescindibles para emprender el camino hacia la paz. —

IN MEMORIAM

LA PREGUNTA POR LOS MUERTOS

SOBRE ERNESTO SABATO

✎ PABLO E. CHACÓN

Extraño país el que recuerda al escritor recientemente fallecido casi como un cómplice de la última dictadura militar por aceptar almorzar con el general Jorge Videla, en compañía de Borges y del padre Leonardo Castellani a dos meses de que los uniformados asaltarán las instituciones republicanas. Extraño país que olvida su tarea como presidente de la Comisión Nacional de Personas Desaparecidas, CONADEP, para elaborar,

en 1984, por orden de Raúl Alfonsín, el “Nunca más”, un informe donde figuran los nombres y apellidos de los torturados, violados, vejados y asesinados militantes de la izquierda, revolucionaria y reformista, y los de sus parientes, amigos y allegados que hasta ese momento podía darse fe estaban “desaparecidos”, esa figura que nombraría desde entonces el “triste privilegio de ser argentino”.

Ese es uno de los destinos de Ernesto Sabato.

Aclaremos: el trabajo de la CONADEP, a pesar de las posteriores leyes del perdón que amnistiaron a la mayoría de los militares que irían a juicio, leyes concedidas por los sucesivos levantamientos de los “carapintadas” (que carecían de *sponsors* civiles pero lo recibían de muchos sectores sindicales), dejó al gobierno radical al borde del colapso. El argumento para defender esa legislación era inconsistente o cobarde: los militares no contaban con el apoyo de la sociedad, si exceptuamos el silencio de las cámaras agrícolas y empresarias, y de ciertos gremios que nunca se identificaron con el peronismo que acompañaba a Alfonsín, pero que en las internas de 1988 serían clave en el triunfo de Carlos Saúl Menem, que como presidente dictó el indulto que dejó libre a la jerarquía juzgada y permitió el regreso al país de los líderes guerrilleros en el exilio. El “Nunca más” fue el precedente insoslayable para que Néstor Kirchner pudiera abolir aquellas leyes y relanzar los juicios que hoy continúan bajo el mandato de su esposa, la presidente Cristina Fernández.

Extraño país, la Argentina, que se niega a reconocer que el golpe militar de marzo de 1976 fue saludado por la mayor parte de los ciudadanos, de la misma forma que el amañado mundial de fútbol de 1978 y la chirinada en Malvinas de 1982.

Extraño país donde el peronismo derrotado por Alfonsín en 1983 proponía en su plataforma electoral la amnistía para los asesinos de sus excompañeros, y donde años más tarde se festejó la ortodoxia mone-

tarista de Menem, se abominó de la corrupción –sin entender que una es efecto de la otra– al punto de entregar su voto en 1999 a otro conservador, Fernando de la Rúa, un radical de la provincia de Córdoba que terminó escapando en helicóptero, dos años después, en medio de un país incendiado, saqueado y destruido, dejando más de cuarenta muertos y cientos de heridos en las calles porteñas.

Ese es el otro destino de Sabato, convertido, desde principios del tercer milenio, en profeta de una juventud despolitizada, arrasada por la credulidad y por la implosión de la educación pública. Acaso muestra en ese momento lo complicado que es atender determinadas cuestiones sin caer en el lugar común o la megalomanía. Antes que un sóviet, podría haber dicho, siempre es preferible la domesticación ante las urnas. Pero eso lo escribió María Moreno, periodista de estirpe, sin ánimo didáctico.

Extraño país donde los escritores siempre se han mezclado con la política, y casi siempre han terminado expulsados, o arrinconados en el periodismo o en el silencio, que es otra forma de desaparecer (aunque no del todo). Sabato y Borges, en el almuerzo con Videla, no piden por Haroldo Conti. El que pide por Conti es el padre Castellani. Pero Conti es un detenido-desaparecido. La leyenda cuenta que Sabato pide, más tarde, por Antonio Di Benedetto, a quien los militares liberan bajo la condición de un exilio forzado. Di Benedetto se exilia en España. Escritor y periodista mendocino, autor de *Zama*, no soporta la soledad, vuelve al país. Se muere a los meses. La tristeza es una asesina mayúscula. Sabato es contemporáneo también, tiempo después, de la emboscada que la marina le tiende a Rodolfo Walsh en el centro de Buenos Aires. Walsh se defiende; cae, atravesado por la metralla de los mismos que desde el aire habían disparado sobre la población civil en 1955 en la Plaza de Mayo. “El capítulo XXVI de la segunda parte de *Sobre héroes y tumbas* (236 pp., tercera edición, Abril, 1964) narra en menos

de una página el bombardeo a Plaza de Mayo, del 16 de junio de 1955, sin mencionar que haya habido muertos sino, hábilmente, para no suscitar en el lector la pregunta por los muertos. No hay ninguna razón literaria para este procedimiento: la razón es el cálculo político de Sabato, en 1961, bajo el gobierno de los mismos que habían ejecutado aquel bombardeo” (Pedro Lipcovich, *Página/12*, domingo 8 de mayo, 2011).

Extraño país. A Borges nadie le pide explicaciones, excepto Onetti, por ir a recibir una condecoración de Augusto Pinochet a Santiago de Chile. A Borges nadie le pregunta por Conti. A Borges lo saluda el gran pueblo argentino cuando recibe a las Madres de Plaza de Mayo, cuando insulta a los militares después de la vergüenza y de las muertes en el Atlántico sur, cuando escribe su poema de los soldados en la guerra. Dos o tres años antes de morir, Borges, en la Argentina, sigue siendo resistido por la izquierda atrabiliaria, cada vez menos; cada vez, en cambio, la amargura de Sabato se hace más notable. A cierta altura, a Borges, anarquista aristocrático, intacta capacidad para la réplica, tanta que a Onetti lo desarma con sus mismos argumentos, se le cree: sus convicciones, su impunidad, su prestigio, lo vuelven un intocable. La derecha lo reclama para sí; la izquierda divide: están los textos, y está el personaje (un personaje, incluso, que puede ser adorable: en términos deportivos, la mejor pluma del castellano desde Cervantes a la fecha). Sabato no tiene esa suerte. La muerte de Borges, en 1986, es el comienzo del fin. Borges es su contrincante, su espejo deforme, es la precisión del lenguaje, su elegancia. Antes del fin, fallece su hijo Jorge Federico, cientista social formado en París, en 1995, y su esposa Matilde, en 1998. Pinta, se encierra en Santos Lugares; de tanto en tanto escribe cartas abiertas a la juventud que lo idolatra en los programas de la televisión chatarra. Atravesar el siglo al lado de Borges no es fácil para quien abandona la física teórica por un

romanticismo acriollado, torturado al punto de aceptar la presidencia de la CONADEP, sin dudar que logrará, una vez más, ratificar lo espantoso que es el mundo.

Extraño país, la Argentina, para un excomunista que se vuelca a la literatura de la mano de Tolstói, Camus y Sartre. Sabato publica en *Sur*, la revista de Victoria Ocampo, pero es un alma solitaria; pretende escribir una novela; acaso su ideal sea Sarmiento, pero el problema, otra vez, es Borges. Publica libros contra la deshumanización que provoca el avance de la ciencia y su primera ficción, *El túnel*, en 1948. Delega sus ideales políticos en su hijo Jorge y en Dante Caputo, canciller de Alfonsín. Encuentra en Menem la coartada perfecta para justificar su antiperonismo, ese que lo empujó a escribir un libelo contra el militar, donde lo trata de “hijo ilegítimo”, firmado con pseudónimo y publicado en Montevideo. En el funeral, los ausentes son los escritores. Los que hablan para agencias o diarios recalcan que *Sobre héroes y tumbas* es una novela de adolescencia, y sobre *Abaddón el exterminador* guardan silencio. A punto de cumplir los cien se muere, en su casa de Santos Lugares. Decir que Borges solía llamarlo “Ernesto Sótano”, por su inclinación a las catacumbas y a las profundidades, es una broma que Sabato habría festejado. –



+Ernesto Sabato, alma solitaria-solidaria (1911-2011).